**SAN ANSELMO**

**(1033-1109)**

**MONOLOGIUM**

PRÓLOGO

1.424 Algunos hermanos me han pedido con frecuencia y con instancias que les ponga por escrito y en forma de meditación ciertas ideas que yo les había comunicado en una conversación familiar sobre el método que se ha de seguir para meditar sobre la esencia divina y otros temas afines a éste. Consultando más bien su deseo que la facilidad de la ejecución o la medida de mis propias fuerzas, me trazaron el plan de mi escrito, pidiéndome que no me apoyase en la autoridad de las Sagradas Escrituras y que expusiera, por medio de un estilo claro y argumentos al alcance de todos, las conclusiones de cada una de nuestras investigaciones; que fuese fiel, en fin, a las reglas de una discusión simple, y que no buscase otra prueba que la que resalta espontáneamente del encadenamiento necesario de los procedimientos de la razón y de la evidencia de la verdad. También han querido que no me desdeñase de responder a las objeciones de los simples y aun de los necios. Por mucho tiempo me rehusé, y midiendo esta empresa con mis fuerzas, no dejé de encontrar numerosas razones para excusarme, porque cuanto mayores eran sus exigencias para que hiciese fácil esa materia, tanto más aumentaban para mí la dificultad con sus deseos. Vencido, finalmente, por la molesta importunidad de sus oraciones y por su piadoso y respetable celo, más que contrariado por la dificultad del tema y la debilidad de mí espíritu, consentí, por el cariño que les tengo, en realizar, tan exactamente como pueda, el plan que me habían trazado. Lo que más me decidió fue la esperanza de que este escrito no sería conocido más que de aquellos que me lo habían pedido, y que muy pronto, cansados de leerle, no tardarían en sepultar en el desprecio y el olvido una obra hecha más para que dejasen de molestarme con sus instancias que para satisfacer competentemente su justa curiosidad. Pero ha ocurrido, no sé cómo, y contra mi esperanza, que han sacado copias del manuscrito para aprendérselo de memoria y conservarlo por tiempo largo no solamente los hermanos, sino también otras personas en gran número. Al examinarlo de nuevo escrupulosamente, no he hallado en él nada que no se ajuste rigurosamente a los escritos de los Santos Padres, y principalmente a San Agustín. Si alguien, pues, encontrase en este opúsculo alguna opinión novedosa, sospechosa o contraria a la verdad, que no me trate en seguida como un innovador o apóstol de la mentira; que lea atentamente el tratado de San Agustín sobre la Trinidad y que juzgue mi escrito según el de este Santo Padre. Cuando digo que se podía considerar a la Trinidad como tres substancias, he seguido la opinión de los griegos, que admiten tres substancias en una esencia, compartiendo la misma fe que nosotros, que confesamos tres personas en una substancia, porque entienden por substancia en Dios lo que entendemos por persona. En cuanto a todo lo que yo digo, lo presento suponiendo un hombre que examina y busca en la soledad de su pensamiento lo que en un principio no había comprendido: tal era el voto de los hermanos y el deseo que yo quería satisfacer. Por lo demás, ruego con instancias a aquel que transcriba esta obra que tenga cuidado en encabezarla con este prólogo, porque tiene su utilidad para la inteligencia de lo que sigue el saber con qué intención y de qué manera ha sido escrita esta disertación. Pienso, además, que el que lea este prólogo no se dejará llevar de un juicio apasionado si encuentra en él algún principio contrario a sus opiniones.

CAPÍTULO I

Que hay algo absolutamente bueno, grande y superior a todo lo que existe

1.425 Si alguien ignora que existe una naturaleza única, superior a todo cuanto existe, que se basta a sí misma en su eterna bienaventuranza y que por su omnipotente bondad da a cada criatura lo que hace que ella sea lo que es y el que sea buena en algún aspecto; si ignora otros muchos puntos que necesariamente creemos sobre Dios y las criaturas, no importa que esta ignorancia venga de falta de instrucción o de falta de fe, pienso que, con tal que sea un poco inteligente, podrá convencerse por la sola razón, al menos en gran parte, de estas cosas.

1.426 Y como puede hacer esto de muchas maneras, le presentaré una que, según creo, le será muy fácil. Como quiera que todos los hombres desean gozar, pero únicamente de las cosas que juzgan buenas, fácilmente puede encaminar alguna vez su espíritu para buscar el ser del cual procede la bondad de las cosas que no desea más que porque las juzga buenas, para que de esa manera, guiado por la razón y ayudado por este ser que busca, llegue a conocer lo que no es razonable ignorar.

Sin embargo, si en este escrito adelanto alguna cosa que no se halle demostrada por una autoridad mayor, deseo que se piense que, aunque, a causa de las razones que me parecen ciertas, la conclusión sea presentada como necesaria, ésta no deberá, sin embargo, ser considerada como absolutamente necesaria, sino sólo como pudiendo parecerlo en su relación con los principios establecidos.

1.427 Es fácil a un hombre decirse a sí mismo interiormente: Puesto que hay tanta abundancia de bienes, cuya múltiple necesidad nos es conocida por la experiencia de los sentidos y por la intención del espíritu, ¿debo yo creer que existe un ser único, por el cual solamente son buenas todas las cosas que son buenas, o hay que pensar que las que son distintas de El son buenas por algún otro? Es cierto y evidente para todo el que quiere prestar atención que todos los objetos entre los cuales existe una relación de más y menos, o de igualdad, son tales en virtud de una cosa que no es diferente, sino la misma en todos, sin que importe al caso el que ésta se halle en ellos en proporción igual o desigual. Porque todas las cosas que se dicen justas las unas en relación a las otras, que sean más o menos igualmente justas, no pueden ser concebidas como justas más que por la justicia, que no puede ser distinta en los diversos objetos. Por consiguiente, como es cierto que todas las cosas buenas, comparadas entre sí, lo son igual o desigualmente, es menester que sean buenas por algo que se concibe idéntico en todas, aunque las diversas cosas buenas parecen a veces ser buenas por algo distinto; porque un caballo, por ejemplo, parece ser bueno por una cosa en cuanto es animoso, y por otra en cuanto es rápido. Porque, aunque se diga que es bueno por el valor y por la rapidez, no parece, sin embargo, que la rapidez y el valor sean una misma cosa. Pero si un caballo es bueno porque es valiente y rápido, ¿por qué un ladrón valiente y rápido es malo? Por consiguiente, hay que decir más bien que así como un ladrón osado y rápido en su acción es malo porque es dañino, de igual modo un caballo decidido y rápido es bueno porque es útil. De ordinario, en efecto, no se considera buena una cosa más que por razón de su utilidad, como la salud y lo que la favorece, corno la belleza y lo que la fomenta. Pero como lo prueba incontestablemente la razón ya puesta en evidencia, es también necesario que todo lo que es útil u honesto, si es verdaderamente bueno, sea bueno por aquello precisamente por lo cual es bueno todo lo que lo es.

1.428 Ahora bien, ¿quién podría dudar que aquello por lo cual es bueno todo lo que es bueno no sea un gran bien? Este bien es bueno por sí mismo, puesto que todo bien viene por él. Síguese que todos los otros bienes proceden de otro que ellos, y que él sólo es por sí mismo. El bien que viene de otro no es igual al bien que es bueno por sí, ni mayor que él. Solamente, pues, este ser es soberanamente porque es bueno por sí, porque solamente es supremo el que supera de tal modo a los otros, que no tiene ni igual ni superior. Pero lo que es soberanamente bueno es también soberanamente grande. Existe, pues, un ser soberanamente bueno y soberanamente grande, es decir, absolutamente superior a todo lo que existe.

CAPÍTULO II

Del mismo tema

1.429 Como hemos encontrado que hay un ser soberanamente bueno, considerando que todos los objetos buenos son tales por un ser que es bueno de por sí, del mismo modo hay que concluir necesariamente que hay un ser soberanamente grande, si se considera que todo lo que es grande lo es por un ser que es grande por sí mismo, grande, digo, no por la extensión, como un cuerpo, sino tal, que cuanto más grande es, más digno y bueno es, como la sabiduría. Y puesto que no puede haber nada soberanamente grande, más que lo que es soberanamente bueno, es necesario que haya un ser a la vez soberanamente grande y soberanamente bueno, es decir, absolutamente superior a todo lo que existe.

CAPÍTULO III

Que hay una naturaleza por la cual es todo lo qué es; que esta naturaleza subsiste por sí misma y es absolutamente superior a todo lo que existe

1.430 Finalmente, no sólo todo lo que es bueno y grande lo es en virtud de una sola y misma cosa, sino que también todo lo que existe parece existir en virtud de un solo y mismo ser. Porque todo lo que existe viene de algo o de la nada. Pero la nada no puede recibir el ser de la nada, porque ni siquiera se puede imaginar que haya algo sin causa; luego lo que existe no tiene el ser más que en virtud de otra cosa. Así las cosas, o la causa de lo que existe es única o hay varios; si hay varias, o convienen en un principio común que las ha dado el ser, o existen cada una de por sí, o se han creado mutuamente. Ahora bien, sí provienen de un mismo principio, ya no tienen un origen múltiple, sino único. Si existen cada una por sí misma, hay qué suponer la existencia de una fuerza o una naturaleza a la que es propio existir por sí, y de la que tienen su prerrogativa de existir por sí mismas; pero entonces es indudable que existen por aquel mismo y sólo del cual tienen la propiedad de existir por sí mismas. Es, pues, más acertado decir que existen todas por razón de este principio único, más que por razón de varios, los cuales por ningún concepto podrían existir sin él. En cuanto a una existencia por mutua comunicación, no hay ningún principio que permita admitirlo, porque sería contradictorio que una cosa recibiese el ser de aquella a la cual ella se lo da, y las relaciones mismas no se crean a sí mutuamente. El esclavo y el amo son ciertamente tales relativamente el uno al otro, pero los hombres a los cuales aplicamos estas calificaciones diversas y relativas no existen ni uno ni otro en virtud de una creación mutua, y estas relaciones mismas que reinan entre ellos no están producidas por su acción recíproca, porque no existen más que por la naturaleza de los sujetos entre los cuales les concebimos. Por tanto, desde el momento en que la verdad no permite admitir que la causa de todas las cosas es múltiple, es necesario que esta causa sea única, y puesto que todo lo que existe no existe más que en virtud de una causa única, es necesario que esta causa única exista por sí misma. Todo lo demás tiene su origen de otro. Solamente ella existe por sí misma, pero todo lo que existe por otro es menor que la causa que ha producido todos los seres y que existe por sí misma. Por lo cual, lo que existe por sí mismo es mayor que todo lo demás. Hay, pues, un principio superior, y único, a todo lo que existe. Ahora bien, aquel que es superior a todas las cosas, el que comunica el ser, la bondad y la grandeza a todo lo que es bueno y grande, éste es forzosamente, soberanamente bueno, grande y superior a lo que existe. Existe, pues, algún ser que, bien sea llamado esencia, substancia o naturaleza, es perfectamente bueno y grande, es, en fin, superior a todo.

CAPÍTULO IV

El mismo tema

1.431 Sigamos. Si alguien examina atentamente las naturalezas distintas que se ofrecen a él, quiera o no, se da cuenta que no tienen todas el mismo grado de dignidad, sino que se distinguen por su mayor o menor nobleza. El que duda de que el caballo no es por su naturaleza superior a la madera, y el hombre al caballo, no sería digno de ser llamado hombre, Por consiguiente, así como no se puede negar que entre las diversas naturalezas hay algunas mejores que otras, así la razón nos obliga a deducir que hay una tan superior a las otras, que no la hay mayor. Si, en efecto, la distinción de los diversos grados es infinita, de suerte que el más elevado tenga todavía otro por encima, hay que admitir que no habrá límite en el número de las naturalezas, principio tan absurdo que salta a la vista, a menos que sea un insensato. Existe, por tanto, necesariamente una naturaleza cuya superioridad sobre las otras sea tal, que no quede inferior a ninguna; pero esta naturaleza, tal como nosotros acabamos de presentarla, es única o hay varias del mismo género, iguales entre sí. Ahora bien, como no pueden ser iguales por condiciones diferentes, sino por una condición única e idéntica, esta condición única que las hace iguales en grandeza es o ellas mismas u otra cosa distinta de ellas. Pero si no es más que su propia esencia, como ellas no tienen varias esencias, sino una sola, se seguiría que no hay varias naturalezas, sino una sola, porque aquí hay que entender por naturaleza lo mismo que esencia. Si, por el contrario, aquello que hace que muchas naturalezas sean igualmente grandes es distinto de la naturaleza misma, seguramente que ellas son, a su vez, menores que lo que les comunica su grandeza, porque todo lo que es grande por comunicación de otro, es menor que aquello de lo que recibe su grandeza. No son, pues, de tal manera grandes que no tengan nada por encima de ellas. Y si ni por parte de su esencia ni por parte de un elemento extraño es posible que existan esas naturalezas iguales y supremas, queda que no pueden existir de ningún modo.

1.432 Queda, pues, esta naturaleza única, que es superior a todas, hasta el punto de no admitir inferioridad con respecto a ninguna. Pero el ser que llena estas condiciones es soberanamente grande y bueno, está por encima de todo lo que existe. Hay, pues, una naturaleza superior a todo lo creado, y esto no puede ocurrir sin que exista por sí misma y sin que todo lo demás que existe haya recibido de ella su existencia, porque como la razón nos demostraba hace un momento que lo que es por sí mismo, y por lo cual existe todo, es superior a todo lo demás, recíprocamente, o este principio superior existe necesariamente por sí mismo y comunica el ser a todas las cosas, o hay varios principios superiores; pero es evidente que no puede ser esto. Existe, pues, una sola naturaleza, substancia o esencia, que es buena y grande por sí misma, que saca su existencia de su propio seno, y de la cual emanan verdaderamente la bondad, la grandeza, la existencia, que, por consiguiente, es la soberana bondad y grandeza, el ser y la substancia por excelencia; en una palabra, el principio superior a todo.

CAPÍTULO V

Cómo esta naturaleza existe por sí misma y las otras por ella, de igual manera ella es de sí misma y las otras de ella

1.433 Puesto que estamos de acuerdo sobre las razones descubiertas hasta el presente, conviene que nos preguntemos si esta naturaleza superior y todos los otros seres son necesariamente de ella, como son necesariamente por ella. Ahora bien, se puede decir igualmente de una cosa que es de o por otro, y recíprocamente, que lo que es de una cosa es también por ella. Se dirá, por ejemplo, de un objeto que es de tal materia y por tal obrero, o que es de la mano de tal obrero y por el empleo de tal materia y por tal obrero, o que es de la mano de tal obrero y por el empleo de tal materia, porque, en efecto, la una y la otra han contribuido a darle la existencia, aunque lo que ha recibido de la materia o por la materia sea distinto que lo que ha recibido del obrero o por el obrero. Síguese, por tanto, que, como todas las cosas son lo que son por esa naturaleza suprema, y que ella es por sí misma y las otras por algo distinto de ellas, igualmente es verdad el afirmar que todo lo que existe es de esta misma naturaleza suprema; que ella es, por consiguiente, de sí misma, y las otras cosas de ella.

CAPÍTULO VIII

Cómo hay que entender que el principio supremo ha hecho todo de la nada

1.434 Ante esta palabra nada, surge la duda, porque todo ser que produce otro es la causa de lo que nace de él, y es menester que toda causa contribuya en algo a la esencia de su efecto. Este principio está de tal modo consagrado por la experiencia, que ni la discusión ni el sofisma pueden arrancarle del espíritu. Por tanto, si alguna cosa ha sido hecha de la nada, esta nada ha sido la causa de lo que ha sido hecho por ella. ¿Y cómo lo que no tenía el ser ha podido contribuir a darlo? Y si la nada no puede dar ningún auxilio, ¿a quién se persuadirá, y cómo, que alguna cosa pueda ser hecha de la nada? Además, o la nada expresa alguna cosa o no. Si expresa alguna cosa, todo lo que ha sido hecho de la nada ha sido hecho de algo. Si, al contrario, la nada es la ausencia de todo, como no se puede comprender que una cosa sea creada por lo que no es absolutamente nada, nada se puede hacer de la nada, como lo proclama altamente la voz del género humano. La consecuencia de todo esto es que todo lo que ha sido hecho está hecho de algo, puesto que necesariamente una cosa está hecha de otra o no está hecha de nada. Que la nada sea, pues, algo o que no lo sea, en cualquier caso es evidente que todo lo que es hecho es hecho de alguna cosa. Si esta conclusión es cierta, se opone a cuanto dejamos dicho anteriormente (c. 7). De ahí que lo que no era nada viene a ser algo, y el ser por excelencia es a su vez esa nada que lo engendra todo. Arrancando de una substancia suprema, había llegado a concluir, por el razonamiento, que todas las cosas habían sido hechas por ella, de tal forma, sin embargo, que fueran hechas de la nada. Por tanto, si aquello por lo cual existen, y que yo pensaba ser nada, es algo, todo lo que yo había creído haber descubierto hasta el presente sobre la esencia suprema no es tampoco nada.

1.435 ¿Qué se debe entonces entender por esta palabra nada? Porque he prometido no dejar pasar en esta meditación ninguna objeción posible, aunque fuese poco juiciosa. Yo creo que hay tres maneras de obtener la solución de esta dificultad, que consiste en que una cosa sea hecha de la nada. La primera se presenta cuando, al decir que una cosa está hecha de la nada, se quiere decir que no está creada. Cuando, por ejemplo, al designar a un hombre que se calla, se pregunta: «¿Qué dice él?», y se responde: «No dice nada», es decir, no habla. Según esta manera de comprender, si se trata de la esencia suprema y de lo que no ha existido o no existe, y si se pregunta de qué ha sido hecho esto, se responderá con razón: «De nada», es decir, no ha sido hecho. En este sentido la expresión no es aplicable 'a ninguna, de las cosas ;creadas.

1.436 La segunda puede emplearse como forma de lenguaje, pero no tendría sentido verdadero. De ella se hace uso cuando se dice que una cosa está hecha de la nada, entendiendo con eso que está hecha de lo que no es verdaderamente y absolutamente nada, como si se supusiese en cierto modo que esta nada es verdaderamente algo, de lo cual otro puede recibir el ser. En este sentido, esta manera de expresarse es falsa e implica siempre lo imposible y la contradicción.

1.437 Finalmente, empleamos la tercera cuando decimos que algo ha sido hecho de la nada, entendiendo que ha sido verdaderamente hecho, pero que no hay nada de lo cual ha sido hecho. Así se dice de un hombre oprimido por la tristeza sin causa, que está triste por nada. Si se entiende en este sentido lo que hemos dicho anteriormente, a saber, que, excepto la esencia suprema, todo lo que viene de ella ha sido hecho de la nada, es decir, no ha sido hecho de algo, nuestra conclusión estará de acuerdo con lo que precede, y en todo lo que siga no se encontrará ninguna contradicción. No hay de hecho ni desacuerdo ni contradicción en decir que las cosas producidas por la substancia creadora están hechas de la nada, en el sentido en el que se dice que un hombre, de pobre que era, ha llegado a ser rico, o que después de una enfermedad ha recobrado la salud, queriendo expresar con ello que aquel que era pobre es ahora rico, lo que no era antes; que el que estaba enfermo ha recobrado la salud, que no tenía. De esta manera es fácil comprender que la esencia creadora ha hecho todo de la nada o que todo ha sido hecho por ella de la nada, es decir, que lo que antes no existía ha recibido el ser. Porque cuando se dice que esta esencia ha hecho estas cosas o que estas cosas han sido hechas, se comprende necesariamente que, efectivamente, ha hecho alguna cosa, y que cuando éstas han sido hechas, realmente han sido hechas algo. Así, cuando vemos una persona elevada por otra, de una posición muy baja, hasta los honores y las riquezas, decimos: éste la ha hecho de la nada lo que es, o aquélla ha sido lo que es, de la nada, por ésta; es decir, este hombre, que antes era mirado como nada, ha llegado a ser algo por el beneficio de este otro.

CAPÍTULO XV

Lo que se puede afirmar o no de ella substancialmente

1.438 No sin razón me he sentido fuertemente impulsado a investigar con el mayor cuidado cuáles son, entre las cualidades diversas que se atribuyen a los objetos, las que se pueden considerar como expresivas de la substancia misma de esta admirable naturaleza. Porque, aunque no me atrevo a creer que entre los nombres y palabras por los que expresamos las cosas hechas de la nada se pueda encontrar alguna que designe dignamente la substancia creadora, sin embargo, hay que penetrar en esta investigación lo más hondo que se pueda, por esfuerzos dirigidos por la razón. En primer lugar, en cuanto a las simples relaciones, nadie duda que ninguna de ellas es substancial a aquello a que se aplican, por lo que, cuando se afirma de la naturaleza suprema alguna relación, no expresa su substancia. Así, pues, afirmar que ella está por encima, o que es mayor que todo lo que ha sido hecho por ella, u otra circunstancia parecida de carácter relativo, no designa evidentemente su esencia natural. Porque si ninguna de las cosas por respecto a las cuales es suprema o mayor existiese, no hubiera podido ser considerada ni como suprema ni como mayor, y, sin embargo, no sería por eso peor ni perdería nada de su grandeza esencial, porque todo lo que tiene de bueno y grande no le viene más que de sí misma. Si, pues, la naturaleza suprema puede ser concebida como no suprema, sin que por eso sea mayor o menor que cuando se la considera como superior a todas las cosas, es claro que la palabra suprema no es la expresión fiel de su esencia, que de un modo absoluto es mejor y mayor que todo lo que no es ella misma. Lo que la razón acaba de descubrirnos sobre el ser supremo se encontrará igualmente en toda otra condición relativa que pudiéramos examinar.

1.439 Dejando, pues, de un lado todo lo referente a los relativos, y puesto que ninguno de ellos expresa en realidad la esencia de un objeto cualquiera, ocupémonos de la solución de otra dificultad: si se estudia con atención a los seres en particular, se verá que todo lo que no es del número de las cosas relativas es tal, que es mejor siendo que no siendo, o tal, que la no existencia es para él en ciertos casos mejor que el ser. En cuanto a esta oposición del ser y del no ser, no entiendo por ello otra cosa que la verdad y la negación de la verdad, el cuerpo y la negación del cuerpo y otros ejemplos que podría añadir a éstos. Si juzgamos de una manera absoluta, una cosa vale siempre más que su negación: un sabio, por ejemplo, vale más que uno que no lo es; en otros términos, un sabio es preferible al que no lo es. Porque, aunque un justo que no es sabio parezca mejor que un sabio que no es justo, sin embargo, aquel que no es sabio no es, en general, mejor que el que lo es, porque el primero es inferior al segundo en cuanto que no es sabio, porque todo hombre que no es sabio sería mejor si lo fuese. Igualmente, lo verdadero es absolutamente mejor que lo que no es; lo justo, mejor que lo no justo; el vivir, mejor que el no vivir; pero, si apreciamos los casos particulares, puede ocurrir que la ausencia de una cosa sea en alguna circunstancia mejor que su presencia; la ausencia del oro, por ejemplo, mejor que el oro; vale más, en efecto, para el hombre no ser oro que serlo, aunque haya objetos, como el plomo, entre otros, para los cuales sería mejor ser oro que no serlo. Porque, como ni el hombre ni el plomo son oro, el hombre es tanto superior al oro, que sería de una naturaleza inferior si fuese oro, y el plomo es tanto inferior al oro, cuanto sería más precioso si fuese oro.

1.440 Del hecho de que la naturaleza suprema pueda ser ideada como no suprema, de suerte que lo supremo no sea absolutamente mejor que lo no supremo, es fácil ver que hay muchos relativos que no están contenidos en la división que acabamos de hacer. Dejo a un lado la cuestión de saber si ella encierra alguna; basta para mi objeto recordar que ninguno designa la substancia total de la naturaleza suprema. Desde el momento, pues, que en todo ser que no es ella, si consideramos las cosas una tras otra, ser es mejor que no ser, o no ser es, en algunos casos particulares, mejor que ser, como no podemos pensar que la esencia de la naturaleza suprema sea tal que pueda en ciertos casos mejor no ser que ser, es necesario que su existencia sea sin excepción mejor que su no existencia. Es, en efecto, la única substancia por encima de la cual no se coloca nada mejor que ella, puesto que es mejor que todo lo que no es lo que ella es. No es, pues, cuerpo o cosa que los sentidos corporales perciban; hay algo, en efecto, que no es lo que esas cosas son y que es mejor que ellas. Porque el alma racional, cuya esencia, cualidad y grandeza no pueden ser percibidas por los sentidos corporales, está tan encima de todos los objetos sometidos a éstos, cuanto sería inferior si fuese alguno de esos objetos. No se puede, por tanto, decir jamás que la esencia suprema sea uno de esos seres por encima de los cuales hay algo que no son ellos; y como lo enseña la razón, hay que afirmar absolutamente de ella todos los atributos por debajo de los cuales está todo lo que no es lo que ella es. Por lo cual, es necesario que sea viva, sabia, omnipotente, verdadera, justa, feliz, eterna y todo lo que igualmente es absolutamente mejor que su negación. ¿Para qué, pues, preguntar más lo que es esta naturaleza suprema, cuando se ha visto lo que es y lo que no es entre las demás cosas?

CAPÍTULO XVIII

Que este mismo espíritu existe pura y simplemente, y que ninguna comparación es posible entre él y las cosas creadas

1.441 Parece seguirse de lo que precede que este espíritu cuyo modo de existir es, a la vez, tan admirable y singular, existe sólo en cierto sentido, mientras que todo lo demás, si se lo compara con él, no existe. Si, en efecto, se fija la atención en él, se verá que es el único que tiene una existencia simple, perfecta, absoluta, y las otras cosas parecerá que no existen apenas y que no disfrutan más que de una vida prestada. Porque desde el momento en que este espíritu, a causa de su inmutable eternidad, no puede, como si estuviese sujeto a algún cambio, ser dicho que existirá o que ha existido, sino solamente que existe, y puesto que no es tampoco, de una manera variable, algo que no ha sido antes, o que no será en lo futuro, sino que es todo lo que ha sido o será, y que todo lo que es lo es todo a la vez y de una manera indeterminable, puesto que, repito, su ser es tal, con razón se dice de él que existe simple, absoluta y perfectamente. Pero como todas las otras cosas, experimentando cambios en alguna parte de su ser, han sido o serán lo que no son, son lo-que no han sido y lo que cesarán de ser; como lo que fueron no existe ya y como lo que serán no existe aún, y su ser consiste en un presente que pasa rápidamente y que apenas existe; finalmente, puesto que tal es la mutabilidad de su ser, no sin razón se les niega una existencia perfecta, simple y absoluta, y se afirma que no tienen más que una imperfecta y digna apenas de este nombre.

1.442 Además, como todo lo que no es, este espíritu ha pasado de la nada al ser, no por sí mismo, sino por virtud de otro, y como abandonado a sí mismo, volvería a la nada si no fuere sostenido por una fuerza que no es la suya, ¿cómo podría atribuírsele una existencia simple, perfecta, absoluta?... ¿No es, por el contrario, con justa razón como se afirma que apenas existe? Como, por otra parte, la existencia de este único y mismo espíritu inefable no puede ser imaginada de ninguna manera como sacada de la nada o susceptible de experimentar algún daño de parte de lo que aún no existe, y como es todo lo que es, no por otro, sino por sí mismo, es decir, por lo que él mismo es, ¿no hay que admitir con razón que es el único simple, perfecto y absoluto? El que es simple y bajo todos los aspectos único, perfecto, simple y absoluto, éste puede ciertamente ser mirado con justo título como único. Y, al contrario, todo lo que por las consideraciones precedentes nos ha parecido que no participa de esta existencia simple, perfecta, absoluta, que no existe verdaderamente más que apenas y casi semejante a la nada, éste puede decirse, no sin razón y hasta cierto punto, que no existe. Según este razonamiento, este espíritu creador sería el único existente, y las cosas creadas no existirían. Sin embargo, no son absolutamente la nada, puesto que han sido sacadas de la nada por aquel que existe únicamente de un modo absoluto.

CAPÍTULO XXXI

Que este Verbo no es una semejanza de las cosas creadas, sino la verdad de la esencia, y que las cosas creadas son una cierta imitación de la verdad, y qué naturalezas son más y mejores que las otras

1.443 Pero surge aquí una cuestión que ni es fácil de tratar ni posible dejar en la duda. Porque todas las palabras de esta especie, por las cuales hablamos todas las cosas en nuestro espíritu, es decir, las pensamos, presentan las semejanzas e imágenes de las cosas que hablamos por ellas, y toda semejanza o imagen es tanto más o menos verdadera cuanto que imita más o menos el objeto de que es imagen. ¿Qué debemos entonces creer del Verbo, por el cual todas las cosas son habladas o hechas? ¿Será o no será la semejanza de las cosas hechas por El? Si El mismo, en efecto, es la verdadera y perfecta semejanza de las cosas variables, no es consubstancial a la suprema inmutabilidad, lo que no se puede admitir. Si no es la semejanza perfecta, sino por lo menos una semejanza cualquiera de las cosas variables, no puede ser tampoco el verbo absolutamente verdadero de la Verdad suprema, lo que es absurdo. Si, por otra parte, no tiene semejanza alguna con las cosas variables, ¿cómo han sido hechas a su imagen?

1.444 Quizá disipemos toda la oscuridad sobre este tema si hacemos notar que, en un hombre vivo, la verdad del hombre está en él enteramente, pero en un retrato no hay más que la semejanza o imagen de esta verdad; igualmente, la existencia real está en el Verbo, cuya esencia es de tal modo superior, que el ser le pertenece en cierto modo a El solo; pero en las cosas que, comparadas con El, no existen, por decirlo así, y que, sin embargo, han sido hechas por El y según El, debe verse una especie de imitación de la esencia suprema. Así, pues, el Verbo de la verdad suprema, que es El mismo la suprema Verdad, no admite en sí ni aumento ni disminución, por su mayor o menor semejanza con las criaturas; mientras que, por el contrario, lo que es creado goza necesariamente de una existencia tanto más real y es tanto más superior a lo demás, cuanto es más semejante al que existe de una manera suprema y soberanamente grande. De ahí que por eso, quizá, y aun con toda certeza, toda inteligencia juzga que las naturalezas que en cualquier grado tienen vida son superiores a las que no viven; las que sienten, a las que no sienten, y las que razonan, a las que no razonan. Porque, puesto que la naturaleza suprema, en el modo de existencia que le es propia, no solamente existe, sino que vive y siente y es razonable, es evidente que, de todo lo que existe, lo que vive de algún modo le es más semejante que lo que no tiene vida; lo que conoce algo por un sentimiento cualquiera, aun por sensibilidad corporal, le es más semejante que lo que no siente nada; finalmente, lo que tiene uso de razón es más semejante que lo que está enteramente desprovisto de razón.

1.445 Es, pues, evidente, por los mismos motivos, que las diversas naturalezas son mayores o menores unas que otras. Porque, como una cosa es mayor por su naturaleza cuando su esencia natural la acerca a lo que está por encima de todo, igualmente, y por una razón parecida, una naturaleza es tanto mayor cuanto mayor semejanza tiene con la esencia suprema. Puede demostrarse esta misma verdad de la manera siguiente: Supongamos una substancia que vive, siente y piensa; si por el pensamiento le quitamos primero la razón, después el sentimiento, después la vida y, finalmente, hasta la existencia absolutamente desnuda que aún le quedaba, ¿quién no comprende que a esta substancia se la va destruyendo así poco a poco y llevando de pérdida en pérdida hasta su aniquilamiento total? Ahora bien, estas cualidades, cuya supresión sucesiva la han hecho pasar por una existencia decreciente, si, por el contrarío, se las añade en sentido inverso, aumentarán más y más en ella la intensidad del ser. Es, por tanto, obvio que una substancia viva es más que la que no vive; que una substancia sensible es más que la que no siente; que una substancia razonable es superior a la que está privada de razón. No se puede dudar, por tanto, que toda esencia es tanto mayor y preferible a las otras cuanto más semejante es a esta esencia suprema, elevada por encima de todo lo demás. Así queda suficientemente demostrado que no hay en el Verbo, que ha hecho todas las cosas, ninguna semejanza de las mismas, sino una esencia verdadera y simple; que, al contrario, en las cosas creadas no hay esencia simple y absoluta, sino apenas una imitación lejana de esta verdadera esencia. De donde se sigue necesariamente que este Verbo no es más o menos verdadero según su semejanza con las cosas creadas, sino que las cosas creadas ocupan un lugar tanto más alto y son de una esencia tanto más digna cuanto más se acercan a este Verbo.

CAPÍTULO XXXVI

Que la manera con que habla y conoce las cosas que ha hecho es incomprensible

1.446 Se puede ver claramente, por lo que acabamos de decir, que la ciencia humana no puede comprender cómo habla este Espíritu y cómo conoce lo que ha sido hecho. Por que nadie duda que las substancias creadas sean en sí mismas bien distintas de lo que son en nuestro conocimiento. En sí mismas están por su propia esencia, mientras que en nuestro conocimiento no se encuentran sus esencias, sino solamente sus imágenes. Queda, pues, cierto que son en sí mismas más reales que en nuestro conocimiento, tanto más cuanto que están más realmente en algún lugar por su esencia que por su imagen. Puesto que, por lo demás, no es menos cierto que toda substancia creada está más realmente en el Verbo, es decir, en la inteligencia del Creador, que en sí misma, tanto más cuanto que la esencia creadora tiene una existencia más real que la esencia creada, ¿cómo podría el espíritu humano comprender esta manera de hablar las cosas y de conocerlas, manera superior y más real que todas las substancias creadas, si nuestra ciencia es superada por esta ciencia, en la medida en que su semejanza difiere de su esencia?

CAPÍTULO LXVII

Que el alma es el espejo y la imagen de esta esencia

1.447 Con justo título puede, por tanto, considerarse al alma como un espejo creado para sí misma, en el que debe ver, por decirlo así, la imagen del ser que no puede ver cara a cara. Porque si el alma es la única entre todas las cosas creadas que puede acordarse de sí misma, comprenderse o amarse, no veo cómo se podría negar que hay en ella una verdadera imagen de esta esencia, en la cual la memoria, la inteligencia y el amor constituyen una trinidad inefable. Ella hace ver también cuán semejante le es por la facultad que tiene de recordarse de ella, de comprenderla y amarla. Porque donde más se muestra verdaderamente su imagen, es en lo que tiene de más grande y semejante a la esencia suprema. No se puede pensar razonablemente que haya podido darse a una criatura inteligente nada más importante, más parecido a la sabiduría suprema, que la facultad por la cual puede recordar, comprender y amar lo que es excelente y grande por encima de todo. Nada se ha concedido a la criatura que presente hasta ese punto la imagen de su creador.

CAPÍTULO LXVIII

Que la criatura racional ha sido hecha para amar la esencia suprema

1.448 Parece seguirse necesariamente de lo que precede que la criatura racional no debe tener otro deseo más ardiente que el de expresar por una imitación voluntaria esa imagen que el poder de la naturaleza ha impreso en ella. Porque, independientemente de que debe al Creador lo que ella es, se ve fácilmente también que su destino principal es el de recordar, comprender y amar al soberano bien; se puede aún probar que no debe desear nada con más ardor. ¿Quién pode negar, en efecto, que debíamos sobre todo querer cumplir lo que podemos hacer de mejor? Por lo demás, ser racional no es otra cosa más que poder discernir lo justo de lo injusto, lo verdadero de lo falso, el bien del mal, lo mejor de lo menos bueno. Ahora bien, esta facultad sería enteramente inútil si el alma no pudiese amar o rechazar lo que ella distingue en virtud de un verdadero juicio y de una justa elección. Es, por .tanto, evidente que ningún ser racional existe más que para amar más o menos o rechazar completamente lo que, en virtud de la facultad de distinguir por la razón, le parece más o menos bueno, o completamente malo. Nada, por tanto, más evidente que la condición con la cual está hecha la criatura racional: amar por encima de todo a la esencia suprema, que es el bien soberano; más aún, no amar más que a ella o a causa de ella, porque es buena por sí misma y nada es bueno más que por ella. Pero no puede amarla sin acordarse de ella y sin aplicarse a comprenderla. La criatura racional debe, por tanto, poner todo su empeño y voluntad en recordar, comprender y amar el bien supremo, único objeto para el cual sabe que ha recibido la existencia.

CAPÍTULO LXIX

Que el alma vive verdadera y felizmente amando siempre a esta substancia suprema

1.449 No hay duda de que el alma humana es una criatura racional; está hecha, por tanto, para amar la esencia suprema. Debe, pues, o amar sin fin o perder un día este amor voluntariamente o por la fuerza. Pero sería casi una impiedad el creer que la sabiduría suprema la haya hecho para que un día despreciase tan gran bien o, queriendo conservarle, le perdiese por alguna violencia. Luego hay que creer que ha sido hecha para amar sin fin a la esencia suprema. Pero no puede alcanzar este fin a menos de vivir siempre. Ha sido, pues, creada para vivir siempre, si quiere cumplir siempre el deber que le ha sido impuesto. También es completamente contrario a la idea que nos hacemos del Creador, soberanamente bueno, sabio y omnipotente, el aniquilar, mientras es verdaderamente amado, lo que ha creado para amarle, y, después de haber permitido que le ame siempre a un ser que no le amaba aún, el quitar cuando le ama, o permitir que se quite a este ser ese don privilegiado, de suerte que cese necesariamente de amarle, sobre todo. cuando no podemos dudar que la esencia suprema ama a toda naturaleza de la que es verdaderamente amada. Está, pues, claro que el alma humana no puede perder su vida si permanece fiel en su amor a la vida suprema. Pero ¿cuál será esta vida? ¿Qué hay de grande en una vida larga, a menos que se halle libre de toda amenaza de sufrimiento? ¿Qué es vivir en el temor, en el padecimiento, o engañado por una falsa seguridad, sino vivir miserablemente? Aquel, por el contrario,. que vive libre de estos males es feliz. Ahora bien, va contra toda razón el suponer que, amando siempre a aquel que es soberanamente bueno y todopoderoso, un ser, de cualquier naturaleza que sea, pueda vivir desgraciado. Síguese, pues, con toda evidencia, que el alma humana es de tal condición, que, si se une con perseverancia al objeto para el cual ha sido creada, debe vivir feliz algún día, verdaderamente tranquila entonces contra el temor de la muerte y toda otra miseria.